



Asamblea General

Sexagésimo período de sesiones

2^a sesión plenaria

Miércoles 14 de septiembre de 2005, a las 9.00 horas

Nueva York

Documentos Oficiales

Copresidente: El Hadj Omar Bongo OndimbaXXX (Presidente de la República Gabonesa)

Copresidente: Sr. Göran Persson (Primer Ministro del Reino de Suecia)

Se abre la sesión a las 9.10 horas.

Reunión plenaria de alto nivel de la Asamblea General

El Copresidente (Suecia) (*habla en inglés*): Declaro abierta la reunión plenaria de alto nivel de la Asamblea General de septiembre de 2005, que se celebra de conformidad con las resoluciones de la Asamblea 58/291, de 6 de mayo de 2004, 59/145, de 17 de diciembre de 2004, y 59/291, de 15 de abril de 2005, con arreglo a los temas del programa provisional 48 y 121.

Invito a los representantes a ponerse de pie y guardar un minuto de silencio dedicado a la oración o a la meditación.

Los miembros de la Asamblea General guardan un minuto de silencio dedicado a la oración o a la meditación.

El Copresidente (Suecia) (*habla en inglés*): Hace un poco más de dos meses el terrorismo atacó de nuevo y Sharm el-Sheikh se agregó a la lista de lugares que se han visto afectados por despiadados actos de violencia.

Hace un poco más de dos semanas el huracán Katrina asoló el sur de los Estados Unidos, acabando con vidas, forzando a muchos a escapar de sus hogares y causando daños inmensos.

Hace dos días, y hasta podría haber sido hoy mismo, un niño famélico se encontraba sentado en el piso polvoriento en una pequeña aldea del Níger, esperando que llegara ayuda. Un niño que carecía de los artículos más esenciales para vivir: el agua, los alimentos y los medicamentos. Un niño, uno de los millones de niños desnutridos del mundo de hoy. Sharm el-Sheikh, Nueva Orleans y el Níger son ejemplos dolorosos de los desafíos que enfrentamos hoy.

La mayoría de esos desafíos no respetan fronteras. La mayoría de ellos están vinculados entre sí y solamente pueden superarse si trabajamos de consuno. En esta era de globalización, deberíamos considerar a la cooperación internacional como parte de nuestro interés nacional. Las Naciones Unidas y la manera de abordar la seguridad colectiva deben adaptarse a las circunstancias cambiantes. Las Naciones Unidas constituyen nuestro instrumento principal para brindar soluciones multilaterales eficaces y un orden internacional basado en el Estado de derecho.

En esta cumbre tenemos la oportunidad de adoptar decisiones que pueden estructurar la cooperación internacional en los años venideros. Hemos venido aquí porque sabemos que los desafíos que enfrentamos en la era de la globalización no se pueden superar de manera aislada. Se debe erradicar la pobreza, los recursos de nuestro planeta deben utilizarse en forma sostenible, se deben respetar los derechos humanos, se debe

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada e incorporadas en un ejemplar del acta, al Jefe del Servicio de Actas Literales, oficina C-154A. Dichas correcciones se publicarán después de finalizar el período de sesiones en un documento separado.



fortalecer la igualdad entre los hombres y las mujeres, se deben prevenir el VIH/SIDA y otras enfermedades, se debe poner fin al terrorismo y se deben garantizar el desarme y la no proliferación.

Nosotros, los Jefes de Estado y de Gobierno, se lo debemos a las generaciones futuras. No nos podemos permitir el lujo de fracasar. Es preciso encontrar soluciones colectivas que se basen en el Estado de derecho, para ello necesitamos unas Naciones Unidas más fuertes.

Hace cinco años, a inicios del nuevo milenio, nos reunimos aquí para abordar desafíos clave para el futuro de la humanidad. Nuestra respuesta incluía un conjunto de objetivos de desarrollo que, si bien eran realistas también eran ambiciosos. Nos comprometimos a adoptar medidas concretas dentro de plazos específicos.

Ahora ha llegado la hora de la verdad. Es hora de evaluar lo realizado. ¿Qué hemos logrado? ¿En qué hemos fallado? Ha habido progresos en varias esferas. Eso nos señala algo muy importante: la eliminación de la pobreza mundial no es una esperanza vana; puede realizarse. El desarrollo tiene lugar, pero el desafío consiste en lograr que dé resultados en todas partes y para todas las personas.

En esferas esenciales, tales como la sostenibilidad del medio ambiente o la mortalidad materno-infantil, ha habido muy pocos progresos. Habida cuenta de las tendencias actuales, hay un riesgo real de que muchos de los países más pobres disten de lograr los objetivos del Milenio. Si permitimos que eso ocurra, se perderán millones de vidas y legaremos a la nueva generación un mundo más injusto y más inseguro. Por lo tanto, esta cumbre debe centrarse en los medios de retomar el rumbo de la lucha contra la pobreza mundial.

Un mundo pacífico requiere la adopción de medidas colectivas para prevenir la guerra, la cooperación internacional para resolver los problemas sociales y económicos, y el respeto de los derechos humanos. Esos son los pilares de la Carta de las Naciones Unidas y el programa para nuestros esfuerzos por librar a las generaciones futuras de la guerra, la pobreza y la vida sin dignidad.

En el informe del Secretario General titulado "Un concepto más amplio de la libertad" se describen los estrechos vínculos que existen entre la paz y la seguridad, el desarrollo y los derechos humanos. Proyecta la dirección que las Naciones Unidas deben tomar en el

futuro. Nos recuerda lo que debemos procurar alcanzar en las esferas del desarrollo, la libertad y la paz. Esa tarea podrá completarse solamente cuando todos los seres humanos puedan vivir libres de miseria y libres de temor.

Necesitamos unas Naciones Unidas eficientes y pertinentes. Necesitamos unas Naciones Unidas fuertes que defiendan nuestro sistema de seguridad colectiva. Se debe hacer mayor hincapié en la prevención de los conflictos y la adopción de medidas en una etapa temprana. A la vanguardia debe estar nuestra responsabilidad de proteger a nuestras poblaciones del genocidio, la depuración étnica y las violaciones de los derechos humanos.

También necesitamos mejores instrumentos para apoyar a los Estados en las situaciones posteriores a los conflictos y para ayudarles a evitar la renovación de las tensiones y garantizar el desarrollo sostenible. La creación de una nueva institución, a saber, una comisión de consolidación de la paz, es de esencial importancia a este respecto. La mayoría de nosotros está de acuerdo en que la reforma de las Naciones Unidas no estará completa si no se cambia la composición del Consejo de Seguridad. En ese acuerdo, contamos con una base importante para realizar más avances. Las opiniones divergentes que hoy tenemos no nos deben impedir continuar la búsqueda de una solución el día de mañana.

Esas son algunas de las cuestiones que abordaremos en esta reunión plenaria de alto nivel. Ayer se refrendó un documento final fundamental, que hábilmente preparó el Sr. Jean Ping, Presidente de la Asamblea General en su quincuagésimo noveno período de sesiones. Aguardo con interés escuchar diversas opiniones e ideas constructivas para el futuro durante los próximos tres días de debate.

No carecemos de palabras ni declaraciones eloquentes, ni nos hace falta capacidad para actuar, pero debe reducirse la distancia entre las declaraciones y las verdaderas acciones. Somos nosotros, los dirigentes políticos, los que debemos mostrar el camino. Como dijo el Sr. Dag Hammarskjöld a esta Asamblea en 1957, cuando fue nombrado nuevamente Secretario General de las Naciones Unidas:

"Los muchos pueblos, gobiernos e individuos que forman esta Organización comparten una gran responsabilidad. Las generaciones futuras quizás digan de nosotros que no llegamos a lograr lo que nos habíamos propuesto. Ojalá nunca

puedan decir que fracasamos por habernos faltado la fe o por haber permitido que nuestros esfuerzos quedasen desvirtuados por intereses mezquinos y egoístas.” (A/PV.690, párr. 74).

Hoy debemos estar por encima de los intereses a corto plazo e invertir en el futuro de las generaciones venideras. Es una cuestión de solidaridad, no sólo entre los pueblos, las naciones y los continentes, sino para con nuestros hijos y nietos.

Aprovechemos esta gran oportunidad, y nuestra presencia aquí, para cumplir los compromisos que contrajimos en la Declaración del Milenio y los objetivos de desarrollo. Cambiemos la vida del niño del Níger, cambiemos la vida de la mayoría. Que todos y cada uno de nosotros hagamos lo que podamos para contribuir a la gran empresa de construir unas Naciones Unidas mejores para beneficio de toda la humanidad.

Doy ahora la palabra a Su Excelencia El Hadj Omar Bongo Ondimba, Presidente de la República Gabonesa y Copresidente de la reunión plenaria de alto nivel.

El Copresidente (Gabón) (habla en francés): Los Estados Unidos de América acaban de sufrir momentos sumamente difíciles y dolorosos debido a los estragos causados por el huracán Katrina. Ahora que comienza nuestra labor aquí en Nueva York, deseo expresar de nuevo nuestra solidaridad y nuestras condolencias al pueblo y a las autoridades de los Estados Unidos.

Sr. Primer Ministro de Suecia: Me resulta especialmente agradable copresidir con usted esta importante cumbre de jefes de Estado y de Gobierno. Es importante porque debe permitírnos hacer un balance de las iniciativas adoptadas por las Naciones Unidas desde principios del decenio de 1990 para responder a los desafíos y las amenazas que enfrenta la humanidad. Aprovecho esta oportunidad para agradecer solemnemente a todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas que, durante el quincuagésimo noveno período de sesiones de la Asamblea General, apoyaron a la Presidencia gabonesa, asumida también en nombre de África.

Hace cinco años aprobamos aquí la Declaración del Milenio. En ella se reafirmó nuestra fe colectiva en nuestra Organización y en su Carta, indispensables para lograr un mundo de paz, prosperidad y justicia. También se expresó en ella, a través de una serie de

recomendaciones y decisiones, nuestra voluntad de construir ese mundo.

Sin embargo, hoy en día constatamos que estamos lejos de alcanzar esa meta. En lo que respecta a la paz y la seguridad colectivas, observamos un aumento de los actos de violencia en el mundo. Así, en el Oriente Medio, pese a que se han producido avances considerables, la paz aún no es definitiva o sostenible. En África, si bien el número de conflictos ha disminuido en los últimos años, éstos siguen socavando demasadas regiones del continente. En Asia también existen varios focos de tensión. Las enfermedades y la pobreza siguen aquejando gravemente a millones de personas en los países en desarrollo.

Recientemente se han adoptado iniciativas en favor del desarrollo. En este espíritu, rindo especial homenaje al Primer Ministro del Reino Unido, Sr. Tony Blair, a la Unión Europea y a los países del Grupo de los Ocho por todas las medidas en pro del desarrollo recientemente adoptadas. También quisiera expresar mi satisfacción por la destacada contribución del Presidente de la República Francesa, Sr. Jacques Chirac, quien ha propuesto nuevas fuentes de financiación para el desarrollo. Asimismo, tomo nota de los esfuerzos conjuntos de los Presidentes del Brasil, Francia y otros países por eliminar la pobreza en el mundo. Por último, desearía subrayar la reciente decisión adoptada por el Grupo de los 77 y China de crear un fondo para el desarrollo en el marco de la cooperación Sur-Sur.

Todos esos esfuerzos tienen por objeto poner en práctica la Declaración del Milenio. Por lo tanto, la declaración que va a aprobarse al término de esta cumbre no debe ser simplemente una declaración más. Deseo que se genere un nuevo impulso y que nuestra cumbre marque un nuevo punto de partida, sobre la base del compromiso y el pragmatismo, para responder de forma concreta a los desafíos que enfrentamos.

Los países africanos, por su parte, se han comprometido con decisión en esa vía. Se creó la Nueva Alianza para el Desarrollo de África. A nuestro juicio, el desarrollo, la lucha contra la pobreza y la buena gestión pública constituyen una lucha cotidiana. En cuanto a mi país, el Gabón, se han tomado importantes medidas con el fin de movilizar más los recursos nacionales. Esto se ha hecho con el objetivo de sentar las bases de un desarrollo sostenible y diversificado, con vistas a generar progreso y combatir la pobreza. Queremos reducir la pobreza también luchando contra el

SIDA, en particular mediante la atención gratuita a los enfermos más desfavorecidos y la construcción de centros de tratamiento ambulatorio en todo el país. Además, se ha fortalecido la buena gestión pública y se ha mejorado la transparencia, al tiempo que se han establecido incentivos sectoriales.

Nadie ignora que África enfrenta enormes desafíos. En cuanto al contexto internacional, tenemos pues el deber de actuar de consuno para legar a las generaciones futuras un mundo mejor. Actualmente todos reconocemos que no puede haber una paz verdadera sin un proyecto de desarrollo. Se sabe también que sería ridículo tratar de lograr un desarrollo duradero sin paz ni seguridad. Así pues, debemos celebrar el hecho de que en el proyecto de declaración se hayan resaltado diversos aspectos importantes relativos a las cuestiones urgentes de la paz y la seguridad colectivas.

Muchos países, especialmente en África, necesitarán ese marco para poder emprender el camino de la paz, la estabilidad política y la recuperación económica. Tomo nota con interés de las posibilidades de que, de aquí al año entrante, se apruebe un convenio general contra el terrorismo. La paz, los derechos humanos y el Estado de derecho son universales e indivisibles. Por consiguiente, debemos brindar más apoyo a los mecanismos multilaterales de promoción y protección de los derechos humanos.

Dado que vivimos en un mundo globalizado, que debe ser interdependiente y solidario, nuestra Organización común, las Naciones Unidas, debe estar en condiciones de desempeñar plenamente el papel que le corresponde. Por lo tanto, hay que convertirla en un instrumento eficaz para crear un sistema multilateral que beneficie a todos. Me alegra, pues, que el quincuagésimo noveno período de sesiones de la Asamblea General haya sentado las bases de esa reforma. Celebro la labor realizada en este sentido por el Presidente y su equipo, así como por la Secretaría y todos los Estados Miembros.

Ahora que conmemoramos el sexagésimo aniversario de nuestra Organización, es indispensable que el proceso de reforma se lleve a término. Por lo tanto, todos debemos tomar un nuevo punto de partida con este proyecto de declaración.

Doy ahora la palabra al Secretario General, Excmo. Sr. Kofi Annan.

El Secretario General (*habla en inglés*): Dos años atrás, hablando desde este estrado, dije que habíamos llegado a una bifurcación del camino. No quise decir que las Naciones Unidas, que conmemoran su sexagésimo aniversario este año, estuvieran en una crisis existencial. La Organización sigue dedicada de lleno a la solución de conflictos, el mantenimiento de la paz, la asistencia humanitaria, la defensa de los derechos humanos y el desarrollo en todo el mundo.

No, lo que quise decir fue que las profundas divisiones entre Estados Miembros y el funcionamiento insatisfactorio de nuestras instituciones colectivas nos impedían unirnos para afrontar las amenazas que se nos planteaban y aprovechar las oportunidades que se nos presentaban. El peligro evidente era que Estados de todo tipo pudieran recurrir cada vez en mayor medida a la autoayuda, provocando una proliferación de respuestas ad hoc que podían ser divisivas, desestabilizadoras y peligrosas. Para ayudar a los Estados Miembros a trazar un rumbo más esperanzador establecí el Grupo de alto nivel y encargué el Proyecto del Milenio. Sus informes establecen el programa de la reforma.

Basándome en esos informes y en las primeras reacciones de los Estados Miembros, así como en mi propia convicción de que nuestra labor debe basarse en el respeto de los derechos humanos, seis meses atrás propuse un conjunto equilibrado de propuestas sobre cuya base se adoptarían decisiones en esta cumbre. Eran propuestas audaces, pero a mi juicio necesarias, habida cuenta de que vivimos en una era de peligros y promesas. Me parecían propuestas viables, siempre que contaran con la voluntad política necesaria.

Desde entonces, bajo la hábil dirección del Presidente Ping, los representantes han venido negociando un documento final para esta cumbre. Han trabajado arduamente hasta el último minuto, y ayer terminaron el documento que la Asamblea tiene hoy ante sí.

Incluso antes de que finalizaran su labor, esta cumbre sirvió de acicate para avanzar en cuestiones críticas. En los últimos meses se creó el Fondo para la Democracia y se concluyó una convención sobre el terrorismo nuclear. Lo que es más importante, se han destinado otros 50.000 millones de dólares al año para luchar contra la pobreza hasta el año 2015. La meta del 0,7% ha recibido renovado apoyo, están surgiendo fuentes innovadoras de financiación y se han logrado progresos en el alivio de la deuda.

Cuando los Miembros den su aprobación al documento final, esos logros quedarán sellados. Los avances en materia de desarrollo se verán acompañados de compromisos de buen gobierno y planes nacionales para alcanzar los objetivos de desarrollo del Milenio para 2015. Millones de vidas y las esperanzas de miles de millones dependen de la realización de estas y otras promesas de lucha contra la pobreza, las enfermedades, el analfabetismo y la desigualdad, y de que la atención siga centrándose en el desarrollo en las negociaciones comerciales del año próximo.

La aprobación del documento final permitirá también lograr avances vitales en otras esferas. Los Miembros condenarán el terrorismo en todas sus formas y manifestaciones, independientemente de quién cometa los actos de terrorismo, así como de dónde y con qué propósitos se cometan. Se comprometerán a procurar lograr un acuerdo sobre una convención amplia contra el terrorismo en el año venidero e indicarán su apoyo a una estrategia para garantizar que luchemos contra el terrorismo de un modo que haga más fuerte a la comunidad internacional y más débiles a los terroristas, y no a la inversa.

Por primera vez aceptarán, claramente y sin ambigüedades, que les cabe la responsabilidad colectiva de proteger a los pueblos del genocidio, de los crímenes de guerra, de la depuración étnica y de los crímenes de lesa humanidad. Dejarán en claro que están dispuestos a adoptar medidas colectivas oportunas y decisivas por conducto del Consejo de Seguridad cuando los medios pacíficos resulten insuficientes y sea manifiesto que las autoridades nacionales no están protegiendo a su propia población. Se comprometerán a actuar si aparece otra Rwanda en el horizonte.

Los Miembros acordarán establecer una comisión de consolidación de la paz, respaldada por una oficina de apoyo y un fondo. Eso representará un nuevo nivel de compromiso estratégico respecto de una de las contribuciones más importantes de las Naciones Unidas a la paz y la seguridad internacionales. Convendrán también en crear una capacidad de policía permanente para las operaciones de las Naciones Unidas de mantenimiento de la paz.

Convendrán en reforzar la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos y duplicar su presupuesto. Convendrán asimismo en que las fallas de la Comisión de Derechos Humanos deben remediarse mediante la creación de un nuevo consejo de derechos

humanos, cuyos detalles deberán formularse ahora en el sexagésimo período de sesiones de la Asamblea General.

Reforzarán la financiación temprana en el sector humanitario para evitar que las situaciones de emergencia ocultas queden en el olvido, como ha ocurrido con demasiada frecuencia, en particular en África. Asimismo, establecerán un marco para una reforma de vasto alcance de la Secretaría y la administración, reforma que es preciso poner en práctica y de la que se debe hacer un seguimiento. Un comité independiente de supervisión y una oficina de ética, sobre los que daré más detalles a los Miembros en un futuro cercano, ayudarán a garantizar la responsabilidad y la integridad, en tanto que el examen de los antiguos mandatos, la actualización de las normas sobre el presupuesto y los recursos humanos y la entrega a los funcionarios de una gratificación por retiro voluntario ayudarán a reorientar a la Secretaría de acuerdo con las prioridades de la Organización en el siglo XXI.

Globalmente, esto representa un conjunto de cambios de gran alcance. No obstante, seamos francos entre nosotros y con los pueblos de las Naciones Unidas. Todavía no hemos logrado la reforma radical y fundamental que yo y muchos otros creemos necesaria. Han contribuido a impedirla marcadas diferencias, que en algunos casos han sido sustantivas y legítimas.

Nuestro mayor desafío y nuestro mayor fracaso se relacionan con la no proliferación y el desarme nucleares. Dos veces en el presente año —en la Conferencia de las Partes encargada del examen del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares, y ahora en esta cumbre— hemos permitido que las posturas obstruyeran los resultados. Esto es imperdonable. Las armas de destrucción en masa plantean un grave peligro para todos nosotros, particularmente en un mundo amenazado por terroristas con ambiciones globales y sin escrúpulos. Tenemos que llegar a un arreglo para reanudar las negociaciones sobre esta cuestión fundamental, y deberíamos apoyar los esfuerzos que ha estado haciendo Noruega para hallar una base que permita lograrlo. De igual manera, hasta la fecha tampoco ha sido posible realizar la reforma del Consejo de Seguridad, aunque todos estamos ampliamente de acuerdo en que hace mucho tiempo que es necesaria.

El hecho de que los Miembros no hayan llegado a un acuerdo sobre estas y otras cuestiones no significa que no sean urgentes. Por lo tanto, este conjunto de

medidas representa un buen comienzo. Respecto de algunas cuestiones, hemos realizado avances reales; respecto de otras, hemos reducido nuestras discrepancias y logramos progresos. No obstante, es motivo de preocupación el hecho de que en cuanto a un tercer grupo de cuestiones nuestras posiciones sigan siendo divergentes. Debemos referirnos ahora a las próximas etapas del proceso de reforma.

En primer lugar, debemos llevar a la práctica lo que se ha acordado. El próximo periodo de sesiones de la Asamblea General será uno de los más importantes, y debemos dar nuestro apoyo al Presidente Eliasson, que asume su cargo. Debemos establecer y poner en funcionamiento la comisión de consolidación de la paz y el consejo de derechos humanos, concertar una convención amplia sobre el terrorismo y asegurarnos de que el Fondo para la Democracia comience a funcionar de manera efectiva. Además, los próximos años pondrán a prueba nuestra decisión de reducir a la mitad la pobreza extrema para el año 2015, actuar si el genocidio vuelve a aparecer en el horizonte y mejorar nuestro porcentaje de éxitos en el establecimiento de la paz en países desgarrados por la guerra. Estas son las pruebas que realmente importan.

En segundo lugar, debemos seguir trabajando con determinación con respecto a las difíciles cuestiones en las que es urgente avanzar pero ese avance todavía no se ha logrado. Porque algo quedó claro en este proceso que iniciamos hace dos años: sean cuales fueren nuestras diferencias, en nuestro mundo interdependiente, el triunfo o el fracaso serán de todos nosotros. Ya se trate de acometer el establecimiento de la paz, la construcción de naciones, la democratización o la respuesta a desastres de origen natural o humano, hemos observado que ni siquiera los más fuertes de nosotros pueden salir adelante por sí solos.

Al mismo tiempo, ya se trate de luchar contra la pobreza, poner fin a la propagación de las enfermedades o salvar vidas inocentes de asesinatos en masa, hemos observado que no llegaremos a feliz término sin el liderazgo de los fuertes y la participación de todos. Se nos ha recordado, una y otra vez, que hacer caso omiso por conveniencia de los principios básicos de la democracia, los derechos humanos o el imperio de la ley menoscaba la confianza en nuestras instituciones colectivas en la construcción de un mundo más libre, más justo y más seguro para todos.

Por eso es tan vital que las Naciones Unidas sean sanas y eficaces. Si se utilizan debidamente, pueden constituir una singular simbiosis de poderes y principios al servicio de todos los pueblos del mundo. Por eso es importante este proceso de reforma, que debe continuar. Por frustrantes que sean las circunstancias o por difícil que sea llegar a un acuerdo, es indudable que a los problemas de nuestro tiempo se ha de responder con la acción y que, hoy más que nunca, la acción ha de ser colectiva para ser eficaz.

Por mi parte, estoy dispuesto a colaborar con los Miembros para resolver los problemas que restan, para poner en práctica lo que se ha acordado y para seguir reformando la cultura y la práctica de la Secretaría. Hemos de restablecer la confianza en la integridad, la imparcialidad y la eficacia de la Organización, por el bien de nuestro dedicado personal y por el bien de las personas vulnerables y necesitadas de todo el mundo que buscan apoyo en las Naciones Unidas.

Por el bien de ellos, no por el de los Miembros ni por el mío, es tan importante este programa de reforma. Para salvar sus vidas, proteger sus derechos y garantizar su seguridad y libertad tenemos la obligación de encontrar respuestas colectivas eficaces para los problemas de nuestro tiempo. Exhorto a los líderes mundiales, individual y colectivamente, a que sigan trabajando en este programa de reforma, a que tengan la paciencia de perseverar y la visión necesaria para forjar un verdadero consenso.

Debemos encontrar lo que el Presidente Franklin D. Roosevelt llamó “el valor para cumplir nuestras responsabilidades en un mundo que, cabe reconocer, es imperfecto”. No estoy seguro de que lo hayamos hecho hasta ahora, pero sí estoy convencido de que todos hemos comprendido la necesidad de hacerlo. Precisamente porque nuestro mundo es imperfecto, necesitamos a las Naciones Unidas.

Discursos con ocasión de la reunión plenaria de alto nivel

El Copresidente (Suecia) (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de los Estados Unidos de América, Excmo. Sr. George W. Bush.

El Presidente Bush (Estados Unidos de América) (*habla en inglés*): Doy las gracias a los Miembros por el privilegio de estar aquí para el sexagésimo aniversario

de las Naciones Unidas y por su dedicación a la labor vital y a los grandes ideales de esta institución.

Nos reunimos en momentos de grandes desafíos para los Estados Unidos y para el mundo. En estos momentos, hombres y mujeres a lo largo de la costa del Golfo en mi país se están recuperando de uno de los peores desastres naturales de la historia estadounidense. Muchos perdieron sus viviendas, a sus seres queridos y todas sus posesiones materiales. En Alabama, Mississippi y Louisiana, barrios enteros fueron arrancados de sus cimientos y arrojados estrepitosamente a las calles. Una gran ciudad estadounidense está trabajando para hacer retroceder las aguas de la inundación y recuperar su futuro.

Hemos presenciado el poder aterrador de la naturaleza y el mayor poder de la compasión humana. Los estadounidenses han respondido a sus vecinos necesitados, como también lo han hecho muchas de las naciones representadas en este Salón. En total, más de 115 países y casi una docena de organizaciones internacionales han ofrecido ayuda. A cada nación, a cada provincia y a cada comunidad en todo el mundo que se está solidarizando con el pueblo estadounidense en esta hora de necesidad les doy las gracias en nombre de mi nación.

Su respuesta, como la respuesta al tsunami del año pasado, ha demostrado una vez más que el mundo es más compasivo y esperanzador cuando actuamos de consuno. Esta verdad fue la inspiración para las Naciones Unidas. Los Miembros fundadores de las Naciones Unidas se fijaron objetivos grandes y honrosos en la Carta que redactaron hace seis decenios. En ese documento, esta Organización se compromete a trabajar para “preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra”, a “reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre”, a “promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad”. Seguimos comprometidos con esos nobles ideales. Al responder a las grandes necesidades humanitarias, debemos responder activamente a los otros grandes desafíos de nuestro tiempo. Debemos seguir trabajando de consuno para aliviar el sufrimiento, difundir la libertad y sentar las bases de una paz duradera para nuestros hijos y nuestros nietos.

En este joven siglo, los rincones más lejanos del mundo están vinculados más estrechamente que nunca antes, y ninguna nación puede permanecer aislada e indiferente ante las luchas de otras. Cuando un país o una

región se ve embargado por la desesperación y el resentimiento y es vulnerable a las ideologías violentas y agresivas, la amenaza atraviesa fácilmente los océanos y las fronteras y podría poner en peligro la seguridad de cualquier país pacífico.

El terrorismo atizado por la ira y la desesperación ha llegado a Túnez, a Indonesia, a Kenya, a Tanzania, a Marruecos, a Israel, a la Arabia Saudita, a los Estados Unidos, a Turquía, a España, a Rusia, a Egipto, al Iraq y al Reino Unido. Quienes no han visto ataques en su propio suelo sí han compartido el dolor: desde los australianos asesinados en Bali y los italianos asesinados en Egipto hasta los ciudadanos de docenas de naciones que fueron asesinados el 11 de septiembre 2001 aquí en la ciudad en la que nos reunimos. La lección es clara: no se conseguirá ninguna seguridad al mirar hacia otro lado o buscar una vida tranquila, haciendo caso omiso de las penurias y la opresión de otros. O se difundirá la esperanza o se difundirá la violencia, y tenemos que ponernos del lado de la esperanza.

A veces nuestra seguridad requerirá afrontar las amenazas directamente, y así se conformó una gran coalición de naciones para luchar contra los terroristas en todo el mundo. Hemos trabajado de consuno para ayudar a desarticular las redes de terroristas que cruzan las fronteras y arrancar de raíz las células radicales dentro de nuestras propias fronteras. Hemos eliminado los refugios de los terroristas y estamos utilizando nuestros instrumentos diplomáticos y financieros para acabar con su financiación y quitarles todo apoyo. En esta lucha nuestra, los terroristas deben saber que el mundo está unido contra ellos. Debemos completar la convención general sobre terrorismo internacional que someta a escrutinio a todas las naciones. Ninguna causa ni reivindicación puede justificar que los terroristas tomen como blanco y asesinen deliberadamente a civiles y a no combatientes.

Las naciones libres del mundo están decididas a impedir que los terroristas y sus aliados adquieran las terribles armas que les permitirían asesinar a una escala igual a su odio. Por este motivo, más de 60 países están apoyando la Iniciativa de Seguridad contra la Proliferación a fin de interceptar los envíos de armas de destrucción en masa por tierra, mar y aire. Los terroristas deben saber que, independientemente de donde vayan, no podrán escapar a la justicia. Hoy el Consejo de Seguridad tendrá la oportunidad de hacer una advertencia a los terroristas cuando vote respecto de un proyecto de resolución que condena la incitación a actos terroristas

y exhorta a todos los Estados a adoptar medidas adecuadas para poner fin a tal incitación. También debemos firmar y poner en práctica el Convenio internacional para la represión de los actos de terrorismo nuclear, a fin de que todos los que procuren obtener materiales radiactivos o dispositivos nucleares sean enjuiciados y extraditados dondequiera que se encuentren. Debemos enviar un mensaje claro a los dirigentes de los regímenes que están fuera de la ley que patrocinan el terror y procuran conseguir armas de destrucción en masa: No les permitiremos amenazar la paz y la estabilidad del mundo.

Es esencial enfrentar a nuestros enemigos; por ello las naciones civilizadas seguirán luchando contra los terroristas. Sin embargo, sabemos que esta guerra no se ganará únicamente por la fuerza de las armas. Debemos derrotar a los terroristas en el campo de batalla, y debemos también derrotarlos en la batalla de las ideas. Debemos cambiar las condiciones que permiten a los terroristas florecer y reclutar difundiendo la esperanza de libertad a los millones que nunca la han conocido. Debemos ayudar a recuperarse a los Estados fracasados y a las sociedades estancadas que proporcionan un caldo de cultivo a los terroristas. Debemos defender y ampliar una visión de la dignidad humana, las oportunidades y la prosperidad, una visión mucho más fuerte que el atractivo sombrío del resentimiento y el asesinato.

Para difundir una visión de esperanza, los Estados Unidos están decididos a ayudar a las naciones que están luchando contra la pobreza. Estamos comprometidos con los objetivos de desarrollo del Milenio. Es un programa ambicioso que incluye reducir a la mitad la pobreza y el hambre mundiales, garantizar que todo niño y toda niña del mundo tenga acceso a la educación primaria y poner coto a la propagación del SIDA, todo para el año 2015. Tenemos la obligación moral de ayudar a otros y el deber moral de asegurar que nuestras acciones sean eficaces. En Monterrey, en el año 2002, acordamos una nueva visión sobre la manera de luchar contra la pobreza, frenar la corrupción y proporcionar ayuda en este nuevo milenio. Los países en desarrollo convinieron en asumir la responsabilidad de su propio progreso económico mediante la buena gestión pública, las políticas sanas y el imperio de la ley. Los países desarrollados convinieron en apoyar esos esfuerzos, incluso aumentando la ayuda a las naciones que emprendan las reformas necesarias. Mi propio país ha procurado poner en práctica el Consenso de Monterrey

mediante el establecimiento de la nueva Cuenta para afrontar las cuestiones del Milenio. Esta cuenta va a aumentar la ayuda de los Estados Unidos a los países que gobiernan de manera justa, invierten en su población y promueven la libertad económica.

Es necesario hacer más. Insto a todas las naciones del mundo a que pongan en práctica el Consenso de Monterrey. Aplicar el Consenso de Monterrey implica continuar por la ardua y larga vía de la reforma. Aplicar el Consenso de Monterrey significa crear una auténtica alianza entre los países desarrollados y los países en desarrollo para reemplazar la relación donante-cliente del pasado. Aplicar el Consenso de Monterrey significa acoger a todos los países en desarrollo como participantes plenos en la economía mundial, con todos los beneficios y responsabilidades que ello requiere.

Vincular la ayuda a la reforma es esencial para eliminar la pobreza, pero nuestra labor no termina allí. Para muchos países, el SIDA, el paludismo y otras enfermedades son tanto tragedias humanitarias como importantes obstáculos para el desarrollo. Debemos dar a los países pobres acceso a los medicamentos de emergencia que salvan vidas y que se necesitan para luchar contra esas epidemias infecciosas. Por conducto de nuestros programas bilaterales y del Fondo Mundial, los Estados Unidos seguirán a la vanguardia del mundo, proporcionando los recursos para vencer la plaga del VIH/SIDA.

Hoy día los Estados Unidos trabajan con las autoridades y las organizaciones locales en la mayor iniciativa de la historia destinada a luchar contra una enfermedad específica. En toda África estamos ayudando a los funcionarios de salud locales a ampliar las instalaciones de diagnóstico del SIDA; a capacitar y dar apoyo a médicos enfermeras y consejeros, y a mejorar las clínicas y los hospitales. Trabajando con nuestros asociados africanos, hasta ahora hemos proporcionado tratamiento que salva la vida a más de 230.000 personas en el África al sur del Sáhara. Estamos avanzados con respecto al calendario previsto para alcanzar un objetivo importante, a saber, proporcionar tratamiento contra el VIH/SIDA a cerca de 2 millones de adultos y niños en África. En la cumbre del Grupo de los Ocho celebrada en Gleneagles (Escocia) fijamos un objetivo claro: una generación en África libre del SIDA, y presento un desafío a cada Miembro de las Naciones Unidas, a saber, que adopte medidas concretas para conseguir ese objetivo.

También estamos trabajando para luchar contra el paludismo. Esa enfermedad prevenible causa la muerte a un millón de personas en todo el mundo cada año y deja pobreza y dolor en todas las tierras a las que llega. Los Estados Unidos se han fijado el objetivo de reducir a la mitad la tasa de mortalidad correspondiente al paludismo en por lo menos 15 países africanos altamente endémicos. Para conseguir este objetivo, hemos prometido aumentar en más de 1.200 millones de dólares nuestra financiación para el tratamiento y la prevención del paludismo en los próximos cinco años. Invitamos a otras naciones a sumarse a nosotros en ese esfuerzo comprometiendo ayuda concreta a las docenas de otras naciones africanas que la necesitan. Juntos podemos luchar contra el paludismo, salvar cientos de miles de vidas y traer nuevas esperanzas a los países que han sido devastados por esa terrible enfermedad.

Al fortalecer nuestros compromisos de luchar contra el paludismo y el SIDA, tenemos también que mantener la ofensiva contra nuevas amenazas a la salud pública, tales como la gripe aviaria. Si no se lo combate, ese virus podría causar la primera pandemia del siglo XXI. No debemos permitir que ello suceda. Hoy anuncio la creación de una nueva Asociación internacional de lucha contra la gripe aviaria y pandémica. Esa Asociación precisa que los países que encaren un brote de esta enfermedad lo informen de inmediato y envíen muestras a la Organización Mundial de la Salud. Exigiendo transparencia, podemos responder con mayor rapidez a los brotes peligrosos y detenerlos a tiempo. Ya muchos países se han incorporado a esta Asociación e invitamos a todas las naciones a que participen en ella. Es esencial que trabajemos de consuno; al hacerlo, cumplimos el deber moral de proteger a nuestros ciudadanos, curar a los enfermos y consolar a los afligidos.

Incluso a pesar del aumento de la asistencia para combatir las enfermedades y reformar las economías, muchas naciones no pueden avanzar debido a otro reto oneroso: la carga de la deuda. De ahí que los Estados Unidos y muchas otras naciones hayan actuado también para eliminar esa carga, que limita el crecimiento de las economías en desarrollo y mantiene a millones de personas sumidas en la pobreza. Hoy los países pobres más altamente endeudados reciben más de 30.000 millones de dólares para el alivio de la deuda. A fin de evitar la acumulación de la deuda en el futuro, mi país y otras naciones han acordado que las instituciones financieras internacionales cada vez más proporcionen la

nueva asistencia en forma de concesiones, en vez de préstamos. En Gleneagles el Grupo de los Ocho convino en ir aún más allá. Para poner fin de manera permanente el ciclo de préstamos y condonaciones, convinimos en cancelar el 100% de la deuda de las naciones más altamente endeudadas del mundo. Insto al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional a concluir ese acuerdo histórico lo antes posible.

Lucharemos para eliminar la carga de la pobreza en los lugares aquejados por el sufrimiento, no sólo de manera momentánea, sino permanente. La vía más segura para el aumento de la riqueza es el comercio. En una carta dirigida a mí, el Secretario General felicitaba al Grupo de los Ocho por su labor, pero me decía que la asistencia y el alivio de la deuda no bastan, que también debemos reducir las barreras comerciales y los subsidios que mantienen a las economías en desarrollo sumidas en el atraso. Estoy de acuerdo con el Secretario General: la ronda de Doha es la forma más promisoría de alcanzar ese objetivo.

El éxito de la ronda de Doha reducirá y eliminará los aranceles y otras barreras que se imponen a los productos agrícolas e industriales; pondrá fin a los subsidios agrícolas injustos y abrirá los mercados mundiales a los servicios. Con Doha, todas las naciones se beneficiarán, y el mundo en desarrollo puede ser el más beneficiado. Históricamente, los países en desarrollo que se abren al comercio crecen a un ritmo varias veces superior al de los demás países. La eliminación de las barreras comerciales podría sacar a cientos de millones de personas de la pobreza en los próximos 15 años. Hay mucho en juego. Las vidas y el futuro de millones de las personas más pobres del mundo dependen de ello. Por eso, debemos lograr una conclusión feliz de las conversaciones de comercio de Doha.

Doha es un paso importante hacia un objetivo mayor: derribar los muros que separan al mundo desarrollado del mundo en desarrollo. Es preciso que demos a los ciudadanos de las naciones más pobres las mismas capacidades para acceder a la economía mundial que tienen las personas de las naciones más ricas, de manera que puedan ofrecer sus productos y sus talentos en el mercado mundial, junto a todos los demás actores. Debemos garantizar que esas personas tengan iguales oportunidades de luchar por sus sueños, proporcionar el sustento a sus familias y vivir con dignidad y con capacidad para valerse por sí mismas.

Los mayores obstáculos al logro de esos objetivos son los aranceles, los subsidios y las barreras que aíslan a los habitantes de las naciones en desarrollo de las grandes oportunidades que ofrece el siglo XXI. Hoy reitero un reto que expresé antes: trabajemos de consuno en las negociaciones de Doha para poner fin a los subsidios agrícolas que distorsionan el comercio y atrofian el desarrollo, y para eliminar los aranceles y otras barreras, con miras a abrir los mercados a los agricultores del mundo entero. Además, hoy amplío ese reto al hacer el siguiente compromiso: los Estados Unidos están dispuestos a eliminar todos los aranceles, todos los subsidios y todas las demás barreras a la libre corriente de bienes y servicios, en la misma medida en que los demás países lo hagan. Esa es la clave para vencer la pobreza en las naciones más pobres del mundo. Es esencial que promovamos la prosperidad y la oportunidad para todas las naciones.

Con la expansión del comercio, llevamos la esperanza y la oportunidad a todos los rincones del mundo y asestamos un golpe a los terroristas, que se nutren de la ira y el resentimiento. Nuestro programa en pro de un comercio más libre es parte de nuestro programa por un mundo más libre, en el que las personas puedan vivir, profesar una religión y criar a sus hijos de la manera que deseen. A la larga, la mejor forma de proteger la libertad de religión y los derechos de la mujer y de las minorías son las instituciones de la autonomía, que permiten que las personas ejerzan y defiendan sus propios derechos. Todo el que defiende los derechos humanos debe defender también la libertad humana.

Este es un momento de grandes oportunidades en la causa de la libertad. En todo el mundo, los corazones y las mentes se abren como nunca antes al mensaje de libertad humana. Sólo en los dos últimos años decenas de millones de personas han votado en elecciones libres en el Afganistán, el Iraq, el Líbano, los territorios palestinos, Kirguistán, Ucrania y Georgia. Al reivindicar su libertad, inspiran a millones más en todo el Oriente Medio. Debemos alentar sus aspiraciones. Es preciso que promovamos el progreso de la libertad, y las Naciones Unidas tienen un papel fundamental que desempeñar en ello.

Por medio del Nuevo Fondo de las Naciones Unidas para la Democracia, los Miembros democráticos de la Organización trabajarán para ayudar a otros que quieran unirse al mundo democrático. Es correcto que la democracia más grande del mundo, la India, haya asumido un papel rector en este esfuerzo, al comprometerse a

aportar 10 millones de dólares para poner en marcha este Fondo. Todas las naciones libres tienen un interés en el éxito del Fondo y todas las naciones libres tienen una responsabilidad en la promoción de la causa de la libertad.

La labor de la democracia va más allá de la celebración de elecciones justas; requiere la creación de instituciones que sirvan de sostén a la libertad. La democracia toma formas diferentes en culturas diferentes, pero todas las sociedades libres tienen algunos aspectos en común. Las naciones democráticas defienden el Estado de derecho, imponen límites al poder del Estado y tratan a las mujeres y a las minorías como ciudadanos plenos. Las naciones democráticas protegen la propiedad privada y la libertad de expresión y de credo. Las naciones democráticas se hacen más fuertes porque recompensan y respetan la creatividad de sus pueblos. Las naciones democráticas contribuyen a la paz y a la estabilidad porque procuran la grandeza nacional en los logros de sus ciudadanos, no en la conquista de sus vecinos.

Por esos motivos, el mundo entero tiene un interés vital en el éxito de un Iraq libre, y ninguna nación civilizada tiene interés en ver surgir un nuevo Estado terrorista en ese país. Por eso, el mundo libre está trabajando de consuno para ayudar al pueblo iraquí a establecer una nueva nación que pueda gobernarse a sí misma, sostenerse a sí misma y defenderse a sí misma. Esta es una oportunidad estimulante para todos los presentes en este Salón. Las Naciones Unidas desempeñaron un papel fundamental en el éxito de las elecciones celebradas en enero, en las que ocho millones y medio de iraquíes desafiaron a los terroristas y emitieron su voto. Desde entonces, las Naciones Unidas han apoyado a los dirigentes electos del Iraq en la redacción de una nueva Constitución. Las Naciones Unidas y sus Estados Miembros deben continuar apoyando al pueblo iraquí a fin de que sus esfuerzos culminen en el logro de un Gobierno plenamente constitucional. Cuando los iraquíes hayan logrado ese objetivo, su éxito inspirará a otros a reclamar su libertad. En el Oriente Medio habrá más paz, esperanza y libertad, y todos viviremos en un mundo más seguro.

El avance de la libertad y la seguridad es el deber fundamental de nuestro tiempo. Es la misión de las Naciones Unidas. Las Naciones Unidas se crearon para propagar la esperanza de libertad, combatir la pobreza y las enfermedades, y ayudar a garantizar los derechos humanos y la dignidad humana a todas las personas del

mundo. Para ayudar a convertir en realidad esas promesas, las Naciones Unidas deben ser fuertes y eficientes, incorruptas y responsables ante las personas a las que prestan servicios. Las Naciones Unidas deben defender la libertad y vivir con arreglo a los altos raseros que establecen para otros. Una reforma institucional significativa debe incluir medidas para mejorar la supervisión interna, determinar ahorros en los costos y asegurar que los preciosos recursos de que se dispone se utilicen para los fines previstos.

Las Naciones Unidas han adoptado las primeras medidas encaminadas a la reforma. El proceso proseguirá este otoño en la Asamblea General, y los Estados Unidos se sumarán a otros países para encabezar el esfuerzo. El proceso de reforma se inicia cuando los Miembros tomamos en serio nuestras responsabilidades. Cuando los Estados Miembros de esta gran institución escogen para integrar la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas a quienes son conocidos por las violaciones de los derechos humanos que cometieron, desacreditan un esfuerzo noble y restan credibilidad al conjunto de la Organización. Si los Estados Miembros quieren que las Naciones Unidas sean dignas de respeto y eficaces, en primer lugar deben asegurarse de que merezcan respeto.

En los albores de un nuevo siglo, el mundo necesita que las Naciones Unidas estén a la altura de sus ideales y cumplan con su misión. Los Miembros fundadores de esta Organización sabían que la seguridad del mundo cada vez dependía más de los progresos en

la esfera de los derechos de la humanidad y que para ello había que poner muchas manos a la obra. Después de que los Estados Unidos de América se comprometieran con la idea de las Naciones Unidas en 1945, el Presidente Franklin Roosevelt declaró que la estructura de la paz mundial no puede ser obra de un hombre, un partido o una nación. Todas las naciones y todas las generaciones son responsables de la paz.

En cada época de la historia, el espíritu humano se ha enfrentado al reto de las fuerzas oscuras y el caos. Algunos retos son fenómenos naturales, mientras que otros son obra del hombre. La Organización se creó para que hiciera frente a esos retos aprovechando los mejores instintos de la humanidad y la fortaleza del mundo, unido en aras de un objetivo común. Con valentía y conscientemente, cumpliremos nuestra responsabilidad de proteger la vida y los derechos del prójimo. Al hacerlo, estaremos ayudando a cumplir la promesa de las Naciones Unidas y a que todos los seres humanos disfruten de la paz, la libertad y la dignidad que el Creador quiso para todos.

El Copresidente (Gabón) (*habla en francés*): Quisiera recordar a los miembros que, inmediatamente después de que se levante esta sesión, la Asamblea General celebrará una sesión separada en este Salón, relativa a la Financiación para el Desarrollo. Se invita a los delegados a permanecer en sus asientos para celebrar esa sesión.

Se levanta la sesión a las 10.15 horas.